

# GRATITUD, LA OTRA CARA DEL DON



Maite Uribe Bilbao

**GRATITUD,  
LA OTRA CARA  
DEL DON**

Carta del año 2018

## PRESENTACIÓN

El pasado mes de septiembre, en el lugar en el que *Pedro Poveda* gestó su *proyecto pedagógico, plasmado más adelante en la Institución Teresiana*, pudimos depositar bajo la *mirada de la Virgen de Covadonga, la Santina*, el sexenio que poco a poco vamos concluyendo.

Un sexenio que, como toda historia de fe, personal o comunitaria, al releerla con memoria agradecida, es una invitación *a acoger el pasado con gratitud, a vivir el presente con pasión y a mirar el futuro con esperanza.*

Con esta carta se cierra el ciclo que marcó la XVII Asamblea General para esta comunicación anual, que hemos mantenido en los últimos seis años, sobre los diferentes temas propuestos por ella: Justicia, Oración, Estudio, Confianza y Audacia.

Han sido puntos de referencia en nuestro caminar evangélico y evangelizador, y nos hemos dejado interpelar por los desafíos, las búsquedas de sentido y los deseos de humanización de nuestros contemporáneos, en un mundo que cambia muy rápidamente y en el que se percibe la acción del Espíritu que suscita un profundo deseo de interioridad, de experiencia espiritual, de respeto a la diversidad cultural y religiosa y a la identidad de personas, culturas y pueblos.

Cerramos el sexenio con una actitud que nos acompañará a lo largo de 2018, la gratitud, como invitación a mirar la experiencia vivida en estos años, a comprometernos con el presente y proyectarnos hacia el futuro.

Desde ella y con ella nos prepararemos y viviremos un acontecimiento importante para todas las personas que se inspiran en el carisma de Pedro Poveda: las Asambleas internacionales previstas para 2018.

## GRATITUD, LA OTRA CARA DEL DON

Vivimos una época en la que podemos experimentar una cierta ambigüedad. Por una parte, percibimos desilusión ante movimientos destructores y destructivos que son una amenaza a valores que consideramos fundamentales, y por otra conviven en las mismas realidades deseos de paz, de valoración de la diversidad, de respeto del ser profundo de cada persona y de toda la creación, tanto a nivel personal como en diferentes colectivos.

Ante esta realidad sentimos, en nosotros mismos y en la sociedad, la tentación de una protección extrema, quizá por miedo a la violencia, al sufrimiento, a las rupturas, a los conflictos y también hasta por miedo al futuro.

Son realidades efectivamente presentes en nuestra vida cotidiana, y a la vez hacemos la experiencia de que nada puede impedir en nosotros el deseo de asombro, de admiración, de gozo, por una dimensión diferente, que nos lleva a trascender lo que vemos y tocamos de manera inmediata, porque es del orden de la esperanza, de la confianza y de la gratitud.

La capacidad de asombrarnos está en nosotros y podemos vivirla y desarrollarla juntamente con los cuestionamientos, los interrogantes y las búsquedas. El hecho mismo de vivir y de dar la vida, de amar y ser amado, de perdonar y ser perdonado, es, y así lo experimentamos, prodigio permanente y fuente de sentido, de fascinación y de alegría profunda.

Porque el asombrarnos y emocionarnos por las cosas más sencillas y cotidianas de nuestro vivir diario es una disposición interior, una manera de mirar las personas y los acontecimientos, que nos invita a ir más allá de la inmediatez de la experiencia que queremos cultivar en este año.

Es quizá lo que se quería expresar en *El principito* cuando decía el zorro: “Aquí está mi secreto, y es muy simple: sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”.

La gratitud, como toda experiencia humana fundamental, es de este orden, es una actitud dinámica, no es estática, no paraliza ni ahoga, sino que moviliza y hace fecunda la vida; es un movimiento interior fruto del reconocimiento de tantos signos como hemos ido recogiendo en el camino y que se nos hace invitación para salir y compartir la experiencia con otros.

La persona humana, y cada uno de nosotros ha podido experimentarlo, puede cerrarse y deshumanizarse ante lo vivido, pero puede, por el contrario, abrir sus entrañas, vivir de manera auténtica, sentir y consentir a la emoción y a la belleza, al sufrimiento y a la alegría, al amor y al perdón, a la gratitud y a la misericordia.

No siempre vemos la realidad como de verdad es, la vemos como somos, con nuestra propia mirada, y para ampliar el horizonte es muy importante cambiar de perspectiva y mirarla desde otro punto de vista. A esto nos invita la gratitud.

El origen de la palabra gratitud es “gratia”, que en latín significa don. La gratitud muchas veces está precedida de una experiencia de gratuidad, que es lo propio del pobre, del sencillo, del humilde, que son los que más fácilmente reconocen el don que han recibido. “Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla”, nos dice Jesús en el evangelio de Mateo 11,25.

Entrar en la lógica del don y de la gratuidad es querer aprender a recibir, a acoger, a reconocer el don. Lo que soy, lo que somos, lo debemos a los otros, y en primer lugar a Dios, “eres precioso a mis ojos, eres de gran valor y te amo”<sup>1</sup>, leemos en el profeta Isaías; y este reconocimiento es la gratuidad, que es la mejor manera de hacer frente a esas pulsiones destructoras, que tanto nos amenazan y que son el miedo, la envidia, el narcisismo, el cálculo, el encerramiento.

---

<sup>1</sup> Isaías 43,4

La gratitud es también otra manera de salir de mi mismo, de mi zona de confort para ir a las periferias, porque implica reconocer e integrar llamadas, impulsos, invitaciones, que recibo de la sociedad, de la gente que se cruza en mi vida y también de nuestra propia comunidad creyente en encuentros, comunicaciones, y orientaciones de vida.

Gratitud significa reconocer en nuestra propia historia la fidelidad de Dios, su presencia siempre discreta y al mismo tiempo fascinante, porque es la presencia de un amor que cuida, cura, perdona, impulsa, anima, acompaña nuestros pasos, nos lleva de la mano sin precipitaciones, pero con la seguridad de sentir esa mano que nos hace mirar siempre hacia adelante.

La gratitud es retomar el pasado y avanzar hacia el futuro, como muy bien expresan estas palabras del poeta:

*Miro delante*

*Miro hacia atrás,  
y veo mis dolores  
recientes e insepultos,  
y toda mi vida ambigua y generosa  
ya bajo la tierra  
sepultada a paladas de días y de olvidos.*

*Miro hacia adelante,  
y me veo en la vida  
que engendré ayer al sembrarme,  
creciendo hoy delante de mí mismo,  
en la risa sin trampa de los niños,  
en el ritmo de los jóvenes que estrenan horizontes,  
en las comunidades que se unen  
contra las fuerzas de muerte.*

*Mi vida ya va en todos ellos  
delante de mí,  
más fuerte que yo,  
marcándome el camino,  
tirando de mis pasos.*

*Hoy, en este instante,  
escojo el futuro y resucito.*

(Benjamín González Buelta S.J.)

Podemos aplicar a la gratitud una imagen muy sugerente de Jacques T. Godbout que recoge Enzo Bianchi en uno de sus libros<sup>2</sup>:

*“Hay una especie de ley social según la cual lo que no circula muere, como ocurre en el lago de Tiberiades o en el Mar Muerto. Alimentados ambos por el mismo río, el Jordán, uno está vivo y el otro muerto, porque el primero da sus aguas a otros ríos mientras que el segundo la guarda toda para sí.”<sup>3</sup>*

2 BIANCHI, E. *Dono e perdono*. Einaudi Editori. Torino, 2014

3 GODBOUT, J.T. *L'Esprit du don*. Ed. La Découverte. 2007

La gratitud circula, se expande, es generosa, no se desgasta, es promesa de correspondencia, de reciprocidad, de amistad, se ahonda con el tiempo, con las experiencias vividas, con la relectura de la vida, hace crecer nuestra capacidad de asombro, de gozo y de contemplación.

Podemos pensar que la capacidad de admirar, de asombrarnos, es una actitud casi espontánea de la persona humana. Pero no es así. Para ser capaces de asombrarnos, debemos aprender a mirar con los ojos de la fe, a cultivar la sabiduría del ver, del oír, del escuchar, para descifrar y comprender el mensaje que cada ser humano nos transmite desde el lugar que ocupa en la creación.

Nuestra capacidad de admiración, nuestro respeto por la creación adquiere así una dimensión teologal. Solo el Espíritu es capaz de hacernos entender y contemplar la aventura de la creación y el relato de la humanidad como una historia de la acción permanente y dinámica del Dios de la Vida, creador y salvador. *“Cuando bebas agua, recuerda la fuente”*, dice un proverbio chino.

La admiración evangélica se cultiva especialmente en la intimidad con Jesús, el primero que supo discernir la emergencia del Reino, y presentir la presencia amorosa de un Dios Padre.

El Reino de Dios expresa para Jesús la manifestación y la presencia de Dios en medio de la historia. De esta forma, el Reino de Dios es un mensaje de gratitud por el pasado, de fortaleza en el presente y de esperanza en el futuro, especialmente para los pobres, los hambrientos, los afligidos. En Jesús esto se traduce en actitudes de acogida con los pecadores, en respeto y reivindicación de las mujeres estigmatizadas, en sanación de los enfermos, en liberación de los “espíritus impuros”, y siempre de manera inclusiva, porque anuncia a todos/as la cercanía de un Dios misericordioso, de un Dios que se ha hecho tan próximo que se ha encarnado en nuestra historia.

La admiración evangélica implica entrar en esta lógica de reconocer el rostro de un Dios que quiere generar una vida más sana, más digna y más justa para la humanidad, especialmente para los más vulnerables y frágiles, y creer que lo ha hecho y lo seguirá haciendo. En palabras del Papa Francisco, se trata de creer en el empeño de Dios que desea “cuidar de la fragilidad”.

Etty Hillesum, joven judía ajusticiada en Auschwitz, desvela el significado de la experiencia religiosa en la existencia humana, y escribía en su diario:

*“Amo tanto al prójimo, porque amo en cada persona un poco de ti, Dios mío. Te busco por todas partes en los seres humanos, y a menudo encuentro un trozo de ti. Intento desenterrarte de los corazones de los demás”...* *“Tú, (se dirige a su amigo J. Spier) gran persona comprensiva, buscador de Dios, que encontraste a Dios, tú, has buscado a Dios por todas partes, en cada corazón que se abría a ti, y en todas partes encontraste un pequeño fragmento de Dios. Nunca te has rendido.”* (Diario de Etty Hillesum, 15 de septiembre de 1942).

La gratitud a la que nos invitamos este año, es entrar con determinación en esa manera de mirar la realidad, en esa lógica, en esa actitud de relectura de nuestra propia historia. No nos invita a quedarnos en un inmovilismo ante lo vivido, sino a sentir que hasta en nuestras fragilidades, personales y comunitarias, Dios ha estado tan cercano que solo desde Él y con Él podremos sobrepasarlas, llenarlas de misericordia y proyectarlas a un futuro que está todavía por construir.

Con palabras de Rumi, poeta y místico sufí del siglo XIII: “*Usa la gratitud como un manto y alimentará cada rincón de tu vida*”.

Concluir un sexenio implica reconocer y recoger la vida que hemos querido acompañar y desear que siga creciendo.

Apoyados en la confianza y en la humildad del que sabe que la fragilidad forma parte de nuestra realidad humana, la gratitud también implica reconocer que algo en nuestra manera de mirar la realidad no nos ha movilizadoficientemente para introducir los cambios, los reajustes, las decisiones que la vida nos iba pidiendo.

Esta es la fuerza de la gratitud, que, como motor interior, apoyado en la fe y en la confianza de un Dios que desea salvar a su pueblo, nos saca de la tristeza que paraliza, para llevarnos a un mayor compromiso con el presente, y con la fuerza del Espíritu que no es de temor, sino de fortaleza y amor.

La figura de María en el Magníficat, es la mejor expresión de cómo poner la mirada no solo en el Dios que ha hecho maravillas, sino también en el Dios que nos sigue acompañando para que nos comprometamos a vivir con pasión el presente seguros de que su fidelidad es para siempre. “*El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.*” (Lc 1,49-50).

Os invito, personalmente y en los diferentes espacios asociativos, a releer con gratitud, desde la mirada del Dios que ha hecho grandes cosas, estos años pasados en los que hemos querido interpelarnos por los impulsos y orientaciones que han guiado nuestro ser y nuestro actuar: justicia, oración, estudio, confianza y audacia.

Con palabras de Josefa Segovia<sup>4</sup>, entremos en una actitud humilde y agradecida recordando todo lo recibido en estos años, reconociendo la presencia fiel y discreta de Dios en las personas, los proyectos, los sueños compartidos, las ayudas recibidas tanto materiales como espirituales, los gestos que han curado, consolado y levantado, las luces que nos han guiado en momentos de discernimiento, de debate y de toma de decisiones, las que nos han hecho crecer, superar cansancios y experimentar que el Dios de la Vida nos la ha dado en abundancia.

Y todo ello sin olvidar el don de la fe, de la llamada, de la vocación-misión que nos ha llevado a buscar apasionadamente el rostro de Dios, a reconocerlo en la palabra y en el silencio, en tareas de humanización y en momentos profundos de interiorización, “*y como creyendo así y obrando del modo dicho, dejamos a Dios todo lo demás, sin que nos turbe el resultado, ni pretendamos triunfos, ni rehusemos fracasos, quedamos en paz.*”<sup>5</sup>

## VIVIR CON PASIÓN EL PRESENTE

La vida se acrecienta cuando se entrega con generosidad y se debilita en el aislamiento, la auto referencialidad, la comodidad. Los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la repetición y la facilidad de lo conocido, para vivir y arriesgar con pasión el presente, escuchando y acogiendo las urgencias proféticas.

4 Cfr. SEGOVIA, JOSEFA, *Casa de Acción de Gracias*, en Cartas. Iter Ediciones. Madrid, pág. 426, 1970.

5 POVEDA, PEDRO, *Creí por esto hablé*. Narcea Ediciones. Madrid, 2006. [168]

Una manera de valorar la calidad evangélica y profética de nuestra vida está en la libertad interior para “*darnos sin gastarnos, entregarnos y no atarnos, ser de todos, siendo solo de Dios*”, como decía Josefa Segovia hablando del corazón de Santa Teresa.<sup>6</sup>

En definitiva, nuestra misión, como la de tantos buscadores de Dios, es entrar en el proyecto de Jesús, es decir, anunciar el Reino de Dios y, como discípulos, vivirlo y proclamarlo.

Y la fuerza y la pasión de este anuncio necesita de un estilo de vida y de unas actitudes como las que reconocemos en Jesús: un testimonio de proximidad que entraña cercanía y escucha, humildad y solidaridad, diálogo y reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir. Este estilo de Jesús y de sus discípulos, sigue convocando, sigue invitando, sigue ofreciendo incesantemente el sueño de una vida digna y plena para todos.

La vida del creyente, del discípulo del Resucitado, es profética en la medida en que traduzca en su vida familiar y profesional y en sus actividades cotidianas, la paradoja evangélica. Y el estilo es siempre el de Jesús: de ternura en la radicalidad del amor, de determinación en el servicio a los excluidos, de decisión en un nuevo sentido de compromiso.

Este estilo puede marcar una diferencia, la diferencia del que poniendo su confianza en Dios experimenta el ir a contracorriente porque se distancia de la cultura dominante, en cuanto cultura del poseer sin medida, del dominar hasta la violencia, del excluir sin consentir a la compasión, a la justicia y a la misericordia.

Para que en nuestra vida se abra espacio a la profecía hay unas urgencias proféticas a las que no podemos ni cerrarnos ni negarnos. Pueden concernir a toda la humanidad, pero de manera especial a las personas que, como nosotros, se han dejado tocar por el mensaje del Dios de la Vida.

¿Qué urgencias proféticas pueden ayudarnos a vivir con pasión el presente? Mirando la intensidad del año que vamos a comenzar y a la escucha de las personas con las que me encuentro en los diferentes contextos, sugiero las siguientes urgencias proféticas.

- \* *Vivir en permanente conversión.*
- \* *Ser testigos del Dios vivo.*
- \* *Acoger el misterio pascual como fuente de vida.*

*Una vida en permanente conversión se expresa y se percibe en nuestras opciones y prioridades.*

Se trata de asumir un itinerario de conversión. Un itinerario que se convierte en un desplazamiento interior para pasar de la dependencia a la autonomía y libertad, de momentos o prácticas espirituales a un estilo de vida según Dios, de pasar de la cantidad a la calidad.

Y este desplazamiento se puede expresar en la manera de vivir lo más cotidiano de nuestro ser y hacer, creando fraternidad donde puede haber superioridad, cercanía donde hay distancia, compañeros de camino donde hay exclusión. La conversión supone pasar del protagonismo al ocultamiento evangélico, del centralismo a la corresponsabilidad, de dirigir a acompañar y animar.

---

6 SEGOVIA, JOSEFA. *Santa Teresa de Jesús*, en Cartas, Iter Ediciones, Madrid 1970, pág. 636.



Nos pide pasar de la teoría a la praxis, de lo jerárquico excluyente a la autoridad como servicio, de los gestos que hieren a la fraternidad que une.

Ponernos en este camino de una permanente conversión implica vivir una espiritualidad para el cambio, que sólo nace del Espíritu de Dios. La relectura del sexenio en clave evaluativa tiene este tono, nos pide cambio de mentalidad, mucho discernimiento, gran disponibilidad, renuncia a seguridades, deseo de asumir riesgos y una profunda confianza en el Dios de Jesús, que ha querido darnos la vida y una vida en abundancia.

El desafío de la conversión está en volverse a Dios, poner la mirada en Él y vivir el día a día desde Él y con Él. Poner en Dios toda nuestra seguridad nos ayuda a vencer tendencias autorreferentes, que nos llevan a obsesionarnos por nuestras fragilidades y debilidades, y hasta alejarnos del verdadero manantial de aguas vivas y vivificantes.

Este es el punto fundamental del proceso de conversión. Anclados firmemente en Dios, acogemos un nuevo modo de vida que despierta nuestra fidelidad creativa, perdemos los miedos que nos hacen sordos, ciegos, mudos y paralíticos ante la realidad y nos abre a un amor “de obras y en verdad” hacia los débiles y marginados.

En el evangelio hay relatos de conversión que pueden iluminar la nuestra, la que el Espíritu suscita en cada persona y en cada grupo. Dejémonos tocar por la Palabra de Dios, con algunos textos bíblicos: conversión de Mateo: Mt 9,9-13, de Zaqueo: Lc 19,1-10, de Pablo: Hch 9,1-22.

Santa Teresa también nos comparte en el libro de la Vida, un momento clave que le hizo entrar en una actitud de conversión definitiva y permanente:

*“Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Me ocurrió que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y me arrojé cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle... Esta vez, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces.”* (Vida 9, 1-3)

Ser testigos del Dios vivo, y serlo entre la gente con la que nos encontramos, nos pide tener un lenguaje nuevo sobre Dios, un lenguaje que habla de un Dios personal, un Dios de relación, que se deja encontrar y se manifiesta en la sencillez de toda vida humana. Significa aprender a escuchar, acoger y reconocer en lo más íntimo de nosotros mismos y en lo más profundo de las personas, el rostro de Dios, la presencia de Dios. En realidad, es dejar que Dios escuche en nosotros y desde nosotros, porque lo más profundo, esencial y único de cada uno me habla de Dios, es manifestación de Dios.

Cuando Pedro Poveda quiso dar un modelo a las primeras colaboradoras de la Obra de las Academias, encontró en la experiencia de Teresa de Jesús, la figura de una mujer apasionada,

enamorada y libre para expresar la fuerza de una amistad con Jesús que hizo de ella un verdadero testigo del Dios vivo. Sólo desde esa experiencia podía escribir poemas en los que la Santa nos introduce en esa verdad que será el centro de su obra maestra, *Las Moradas*: estamos habitados por Dios y ahí es donde está nuestra fuerza, y nuestra capacidad para ser testigos.

*Alma, buscarte has en Mí,  
y a Mí buscarme has en tí.<sup>7</sup> (...)*

Y si acaso no supieras  
dónde me hallarás a Mí,  
No andes de aquí para allí,  
sino, si hallarme quisieres,  
*a Mí buscarme has en ti. (...)*  
Fuera de ti no hay buscarme,  
porque para hallarme a Mí,  
basta sólo llamarme,  
que a ti iré sin tardarme,  
*y a Mí buscarme has en tí.*

Es la misma experiencia que Ety Hillesum cuenta en su diario el 26 de agosto de 1941:

*“Dentro de mí hay un pozo muy profundo. Y ahí dentro está Dios. A veces me es accesible. Pero a menudo hay piedras y escombros taponando ese pozo y entonces Dios está como enterrado. Hay que desenterrarlo de nuevo. (...) Me imagino que hay gente que reza con los ojos dirigidos hacia arriba. Ellos buscan a Dios fuera de sí mismos. También hay otras personas que agachan la cabeza profundamente y que la esconden entre sus manos; creo que esa gente busca a Dios dentro de sí misma. Yo soy así.”*

Crear esto, vivirlo, compartirlo, es ser testigos del Dios vivo presente en la historia. La fe cristiana, es antes que nada, una experiencia que ha de ser vivida, interiorizada, para poderla ofrecer y comunicar como *Buena Noticia de Dios*. Significa, en primer lugar, evocar, compartir, suscitar y ayudar a vivir la experiencia original del encuentro con Jesús. Sin testigos no es posible la transmisión de la experiencia de Dios vivida en Jesucristo. Por eso, cuando Jesús envía a sus discípulos a anunciar la Buena Noticia, no les da la orden de transmitir una doctrina, no les encomienda el desarrollo de una organización religiosa, los llama a ser testigos de una experiencia nueva, de una vida transformada: *“Vosotros recibiréis una fuerza, cuando el Espíritu venga sobre vosotros y de este modo seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra”* (Hch 1,8).

Hoy, como en tiempos de Jesús, no faltan escribas, doctores y jefes, pero ¿seremos testigos capaces de comunicar la experiencia salvadora del Dios vivo y encarnado, al que Jesús llama Abba, Padre?

*Acoger el misterio pascual en nuestras vidas*, significa acoger al Dios que, al hacerse hombre en Jesús, ha conocido el sufrimiento, la soledad y la muerte, pero sin que sean la última palabra. El sello inequívoco de nuestra fe, lo que la hace profética, es que sólo el amor es la palabra última y definitiva.

---

7 TERESA DE JESÚS, *Poemas*.

Para acoger el misterio pascual no podemos huir de la realidad, al revés debemos hacerle frente. Acoger el trabajo agradable o desagradable, el acontecimiento que me cambia los planes, la situación que se me impone, porque es ahí donde Dios me habla, se manifiesta y sobre todo me acompaña. Y lo hace en la sorpresa de la realidad diaria y no en una vida proyectada, definida, programada.

No hablamos de un saber hacer humano sino de una sabiduría espiritual, encarnada, de una sabiduría que viene del Espíritu y que solo el Espíritu puede enseñarnos.

Es la experiencia del desasimiento, del abandono, de la no dependencia, o dicho de otra manera del abandono al Dios de la vida. Como decía Teresa de Lisieux, “*habitar nuestra vida, es acogerla, es amarla.*”

Los “meandros” de nuestra propia historia, los fracasos de nuestras relaciones, las fragilidades, los límites, nuestras equivocaciones, personales y comunitarias, tanto o más que nuestros éxitos, es la madera que puede encender de nuevo el fuego de un amor y de una entrega que tendrán la última palabra.

Pedro Poveda en una exposición oral de 1926, conocida como “Crucifijos vivientes”, afirma: *Cristo crucificado es fuente perenne de paz, luz y fortaleza.*<sup>8</sup>

Muchos creyentes encarnan estas urgencias de manera profética y con expresiones muy diversas, creyentes que encuentran su fuente de inspiración en otras religiones que el cristianismo, en otras convicciones, y sobre todo a través de costumbres y lenguajes muy diversos.

Vivir con pasión el presente nos pide avanzar en mayor conocimiento, comprensión y apertura a estas personas. Y experimentarlo en relaciones puntuales o estables, expresando cercanía a tanta gente de buena voluntad que son testigos del Dios vivo en la búsqueda de paz y de justicia, en la experiencia silenciosa de la oración, en el deseo de servicio y de entrega a la caridad.

*Las bienaventuranzas: urgencias proféticas.* Jesús, como fruto de su propia experiencia de buscador de Dios y en un lenguaje que ha atravesado culturas y siglos de historia, ha encontrado en las bienaventuranzas expresiones y gestos concretos a la urgencias proféticas.

Jesús de Nazaret es el hombre de las bienaventuranzas, porque en Él reconocemos al pobre, al que llora, al manso, al hambriento y al sediento por la justicia, al misericordioso y al limpio de corazón, al perseguido por la justicia y al creador de paz.

Las bienaventuranzas no son una ideología, ni una utopía, ni siquiera una doctrina espiritual; a través de ellas Jesús nos revela su experiencia humana y un estilo de vida que pone rostro a la felicidad, una felicidad muy diferente de la que estamos acostumbrados a escuchar. Son urgencias proféticas porque expresan en el vivir de cada día dónde queremos poner la prioridad de nuestro estilo de ser y de actuar.

---

8 PEDRO POVEDA, *Creí, por esto hablé*. Narcea Ed. Madrid 2006. [222]

Cuando Jesús aparece predicando las “bienaventuranzas”, no está presentando un programa moral, sino un mensaje teológico, se trata del rostro del Dios que promete la liberación de los pobres, para que en medio de sus dificultades y sin resignarse a ellas, encuentren esperanza y fortaleza. No hay ninguna idealización de la pobreza. Al contrario, Jesús denuncia la pobreza, el hambre y el sufrimiento, y al mismo tiempo anuncia que el reinado de Dios será la liberación de todo ello, más aún, la invitación a que encuentren consuelo, fortaleza y esperanza en un Dios, que actúa en la historia.

Jesús transforma una muchedumbre entusiasta pero anónima, en una comunidad profética y pionera. La relación personal con Jesús es importante para la persona frágil, enferma, marginada, sin embargo Jesús va más allá y lanza una invitación amplia a crear solidaridad entre las personas, a reaccionar juntas ante las situaciones de precaridad, ese es el sentido de las bienaventuranzas.

*“Felices los que tienen el espíritu del pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios. Alégrese y muéstrense contentos, porque será grande la recompensa que recibirán en el cielo. Pues bien saben que así persiguieron a los profetas que vivieron antes de ustedes”.*<sup>9</sup>

En nuestro compromiso con la humanización de culturas y pueblos, en las tareas y actividades más cotidianas, seamos buscadores y testigos del Dios encarnado que nos dice, como a los discípulos: “Dales vosotros mismos de comer”.<sup>10</sup>

El grupo de jóvenes de “IT Youth Philippines” compartía en el Mensaje de Adviento:

*“Nuestro mundo de hoy está acosado por innumerables pruebas y dificultades. El abuso y la degradación ecológica siguen sin controlarse; los conflictos en varias partes del mundo conducen a la lucha armada y a la guerra, desplazando comunidades y familias que tienen que huir de sus hogares. Hay una violación desenfrenada de los derechos humanos. Cerca de nosotros, aquí en Filipinas, muchos jóvenes murieron debido a la guerra contra las drogas en lo que aquí se llama «asesinatos extrajudiciales» y que nunca se resolvieron. Este es el tipo de mundo en que vivimos. Este es el tipo de sociedad a la que estamos expuestos los jóvenes y esto podría generar desmoralización y desesperanza incluso para los más fuertes entre nosotros. Sin embargo, Jesús nos llama a unir fuerzas para construir una sociedad más justa y humana. Construir una sociedad humana es responsabilidad de todos.”*<sup>11</sup>

Vivamos el presente con pasión, seamos hombres y mujeres que ofrecen una nueva mirada, una nueva justicia, una nueva fraternidad, una nueva apertura al Dios vivo con la certeza de que Jesús, que conoce nuestras capacidades y riquezas personales y comunitarias, insuficientes y pobres, las multiplicará.

En un texto atribuido al poeta y dramaturgo alemán Johan Wolfgang Goethe:

*“Mientras uno no se compromete, persisten la duda, la posibilidad de echar marcha atrás, el miedo al fracaso, todo lo cual nos mantiene en una cierta ineficacia. Pero hay una verdad elemental y no podemos ignorarlo: en el momento en el que uno se compromete de verdad, la Providencia también lo hace. Una serie de acontecimientos se ponen en marcha a partir de esa decisión: gestos inesperados, encuentros insospechados, ayuda material que nadie hubiera soñado que pudiera llegar. Si sabes que puedes, o crees que puedes, ponte en marcha. La audacia tiene genio, poder y magia. Pero hay que empezar.”*

<sup>9</sup> Mt 5,3-12

<sup>10</sup> Lc 9,13

<sup>11</sup> Advent message from IT Youth Philippines, 2017

## MIRAR EL FUTURO CON ESPERANZA

Vivimos un periodo muy interesante de la historia, la historia de la humanidad, de la Iglesia, y seguramente la historia de cada uno de nosotros. Un periodo en el que nos sentimos llamados a hacer frente a interrogantes y cambios, a reconocer éxito en las realizaciones y quizá también, porque forma parte de nuestra realidad humana, a superar fracasos.

En nuestro caso el momento comprometido y fuerte que nos toca vivir es un momento institucional importante: las Asambleas que celebraremos en 2018. Son espacios de corresponsabilidad a los que se llega después de un proceso fuerte de preparación, de confrontación, y por lo tanto de “inquietud”. La inquietud del que busca creativamente caminos de paz y de justicia para nuestro mundo.

Pero la pregunta fundamental que podemos hacernos para mirar el futuro con esperanza es: ¿mantenemos en el corazón la inquietud de la búsqueda? Sin inquietud, nuestra vida puede ser muy estéril. Si hoy queremos ser al mismo tiempo puentes que relacionan y fronteras que humanizan, debemos tener una mente y un corazón inquietos. “*Nos creaste, Señor, para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto hasta que no descanse en ti*” nos dice San Agustín en el libro de las *Confesiones*.<sup>12</sup>

El Papa Francisco, en ese diálogo inédito que ha tenido durante dos años con el intelectual francés Dominique Wolton, “*Política y sociedad*”, comparte con gran libertad su visión sobre la Iglesia y la sociedad. Y dice sobre la memoria:

*“Sin memoria el hombre no puede vivir. Sin memoria no se puede avanzar en la vida. Porque el peligro es caer en un pasado lineal, que no elabora lo vivido; y que no mira hacia adelante. Para mí, los tres pilares de la realidad histórica del hombre son la memoria del pasado, de mi pasado, del pasado de mi propia cultura, la memoria como dato que recibo y acojo, la realidad presente, y la promesa ante el futuro, la esperanza que se hace promesa.”*<sup>13</sup>

Sabemos como creyentes, que la fe es un motor fundamental de la búsqueda, de la inquietud, de la preocupación por la realidad que nos rodea. Una fe auténtica implica siempre un profundo deseo de cambiar el mundo. Por eso debemos preguntarnos: ¿Tenemos solo visión o también el impulso necesario para llevarla adelante? ¿Somos audaces? ¿Queremos serlo? ¿O somos mediocres y nos contentamos con la realidad tal y como está?

En este momento, y desde esa mirada de gratitud por lo vivido, necesitamos imaginación, discernimiento, un corazón inquieto, arraigado en la esperanza, y también comunidades y grupos inquietos, y hasta me atrevería a decir una Asociación internacional inquieta y despierta, desasosegada, en el sentido más pleno de la palabra, deseando mejor servir a la Iglesia y al mundo.

El discernimiento que necesitamos se realiza siempre mirando a los signos, escuchando las cosas que suceden, los sentimientos de las personas que conocen el camino humilde de la realidad y especialmente de los pobres. La sabiduría del discernimiento nos saca de la ambigüedad de la vida, de la instalación y de la falta de esperanza.

<sup>12</sup> SAN AGUSTÍN *Confesiones* I, I

<sup>13</sup> PAPA FRANCISCO. *Politique et société, Rencontres avec Dominique Wolton, Editions de l'Observatoire, 2017*

Paulo Freire, pedagogo brasileño, expresa con acierto la esperanza que necesitamos hoy con estas palabras:

*“Es necesario tener esperanza, pero tener esperanza del verbo esperar; porque hay gente que tiene esperanza del verbo esperar. Y esperanza del verbo esperar no es esperanza, es espera. Esperanzar es levantarse, esperar es ir detrás (de algo o de alguna cosa), esperar es construir, esperar es no desistir. Esperanzar es llevar adelante, esperar es juntarse con otros para hacer de otro modo.”<sup>14</sup>*

Por eso me parece tan importante ayudarnos a mirar el futuro con esperanza, porque la esperanza, ayuda a que el pensamiento sea ágil, intuitivo, flexible, agudo. Las personas y los grupos que tienen imaginación no son rígidos, ni inflexibles, tienen sentido del humor, mirada de misericordia y libertad interior. La imaginación, como la creatividad, ayudan a comprender que la vida no es una pintura en blanco y negro. Es una pintura en colores. Algunos colores son claros y otros oscuros, algunos suaves y otros vivos. Pero en cualquier caso los matices prevalecen. Y este es el espacio privilegiado para el discernimiento, el espacio en el que el Espíritu actúa en las personas, en los grupos, en las familias, en los proyectos, en todas las realidades en las que estemos presentes. Imaginación, creatividad y por lo tanto visión.

*“El mayor peligro no es que nuestro objetivo esté demasiado alto y fallemos, sino que esté demasiado bajo y lo alcancemos”, decía Miguel Ángel.*

El periodo de las Asambleas es un periodo que necesita de la imaginación de todas las personas que comparten el sueño de Poveda. Un sueño que tiene que seguir encarnándose en la historia. Y que necesita medios, instrumentos, y modelos nuevos, porque la humanización de las realidades que vamos a vivir así lo esperan de un carisma que nació para mejor servir al mundo que habitamos hoy y a las generaciones futuras.

*“La Obra ya no es mía, es de la Iglesia”, decía Pedro Poveda. De alguna manera también nosotros, los que actualmente vivimos de este carisma, debemos hacer nuestra esta reflexión, y sentir esa confianza total y absoluta de que la Obra no es nuestra, es de Dios y lo que nos pide es vivir con pasión el presente y mirar con esperanza el futuro.*

Por eso, en este año, la oración que acompañará muy especialmente una etapa fuerte de gratitud, de pasión y de esperanza, será:

¡Señor, has estado grande con nosotros!  
¡Envíanos tu Espíritu de alegría y esperanza!

Un abrazo entrañable

Maite Uribe

---

<sup>14</sup> FREIRE, PAULO. *A resignação como cumplicidade*. Folha de São Paulo 8/11/2001